

Núria Tiburcio

Elena

La infanta castiza

la esfera  de los libros

PRÓLOGO

ELENA, LA INFANTA CASTIZA: MADRE, HIJA Y HERMANA

Es bisnieta, nieta, hija, sobrina y hermana de reyes. Con un lustroso linaje por los cuatro costados, desciende de la reina Victoria del Reino Unido y del último káiser de Alemania. Sin embargo, los papeles que más la representan son el de madre, hija, hermana e infanta. Por ese orden.

Con la vista puesta ya en los sesenta, los cumple en diciembre de 2023, Elena de Borbón y Grecia lleva una vida centrada en su familia. Su prioridad son sus hijos. Quiere que Froilán y Victoria Federica sean felices. Su infancia no fue fácil. El ictus de Jaime de Marichalar afectó al matrimonio, que afrontaba, por decisión de la infanta, «el cese de la convivencia» en 2007. Desde entonces la presión mediática que vivieron, siendo todavía unos niños, fue tremenda. Froilán se convirtió en el niño conflictivo de la corte de los Borbón, mientras que Victoria, más tímida y

callada durante su niñez y adolescencia, floreció como una mujer con un carácter que chocaba de pleno con el de su madre, también muy temperamental. Ha habido lágrimas, gritos y reproches en esa relación materno-filial que en la actualidad parece haber encontrado la necesaria estabilidad. Aunque hay muchas cosas, sobre todo respecto a su hija, que preocupan y le quitan el sueño a Elena.

Lo que tampoco la deja dormir por las noches es saber que su padre está lejos de España y de ella. Lo ve tan mayor, tan frágil, que le da pavor. Se ha acostumbrado a esa situación, no le ha quedado más remedio, pero su gran sueño es que don Juan Carlos vuelva a residir en España. Al menos una vez al mes, la infanta lo deja todo y se va a Abu Dabi para hacerle compañía al que es el hombre de su vida, con permiso de Froilán. Es él quien mejor la conoce, quien mejor la entiende. Su paño de lágrimas y a la vez la fuente de la mayoría de sus sonrisas. Elena le debe tanto a su padre... Y él a ella. Culpa a ciertas personas de la situación de don Juan Carlos, pero siempre en la intimidad. Sabe que la prensa está al acecho, de ahí la problemática relación que ha tenido siempre con los medios de comunicación.

A quién también estará eternamente agradecida la duquesa de Lugo es a la infanta Cristina. Inseparables desde pequeñas, se distanciaron en la veintena. El carácter de su hermana, más sociable, pero en ocasiones impertinente

en aquella época, hizo que tomaran caminos distintos, que se unieron de nuevo al conocer ambas la maternidad. Y desde entonces han ido fortaleciendo ese vínculo fraternal, convirtiéndose Elena en el bastión de Cristina durante el juicio de Nóos. No solo de su hermana. También de Iñaki Urdangarin, al que en la actualidad aborrece. Ha vivido muchas traiciones a lo largo de su vida. Estar en el foco es lo que tiene, pero jamás esperaba una deslealtad como la cometida por aquel al que ella llamaba con tanto orgullo «mi cuñado», incluso cuando el mundo estaba en su contra.

La relación con Felipe es poca. Si hubiera que definirla con una palabra sería cordial. Es su hermano, lo quiere, pero no congenian. Al menos en la actualidad. Los escándalos de su padre y de su hermana han hecho mella en ellos. Elena siempre se ha posicionado en los bandos opuestos a los del actual monarca para defender lo que ella cree que es lo más importante, la familia. Felipe VI, en cambio, se ha visto obligado a anteponer la institución por encima de lazos sanguíneos. Una decisión secundada por doña Letizia. El trato entre cuñadas empezó siendo bueno, pero pronto ambas se dieron cuenta de que sus personalidades no casarían. Algo que Elena no veía como un problema. Así se mantuvo la relación durante años, hasta que en 2018 un episodio protagonizado por la actual reina y su madre la dejó estupefacta. Doña Sofía intentó

quitarle hierro al asunto, como siempre hace con todo, pero las imágenes están allí. A Elena le bastó verlas solo una vez para percatarse de que su cuñada ya había vuelto a sacar a pasear esa personalidad tan fuerte.

Afortunadamente, ya no comparten agenda oficial. El título de infanta de España de doña Elena es simbólico después de que, en 2014, tras su proclamación, Felipe VI decidiera apartarla de la familia real. Fue un daño colateral de las fechorías de Iñaki, y le tocó quedar en un segundo plano, aquel en el que se encuentra desde que nació por el simple hecho de ser mujer.

Elena es, sin duda, un personaje complejo, con un entramado familiar digno de novela. Para entenderla, hay que viajar en el tiempo y empezar en 1963, el año en el que venía al mundo, siendo la primera hija de unos príncipes sin trono.

1

UNA INFANTA CON NOMBRE GRIEGO

Cuando la infanta Elena vino al mundo, los medios conocieron antes quiénes serían sus padrinos que el nombre elegido por los padres. Era una mañana de un frío 20 de diciembre cuando, al despertarse doña Sofía en su habitación de La Zarzuela, empezaron las contracciones que señalaban un parto inminente. No tardó en avisar a su madre, la reina Federica, que se había instalado en palacio para ayudar a Sofía con la llegada del recién nacido, y esta, viendo el estado de su hija, dio la voz de alarma. Tenían que ir al hospital cuanto antes. Pasadas las siete de la mañana, la princesa Sofía llegaba a la clínica Nuestra Señora de Loreto, acompañada por un nervioso don Juan Carlos, así como por su madre; su hermana, la princesa Irene; y la princesa Tatiana Radziwill, su prima y su mejor amiga, aún en la actualidad.

Nada más llegar al centro, y tal como estaba previsto desde que se supo que Sofía daría a luz allí, la ahora emérita ingresó en la sexta planta, disponiendo de las habitaciones 604 y 605, reservadas para el nacimiento del primer hijo de los príncipes de España, del que todavía se desconocía el sexo. Los nervios estaban a flor de piel, pero la futura reina se mantenía tranquila. Había leído mucho sobre el parto, lo había estudiado en su etapa como alumna de un curso de puericultura en Atenas, en 1948. No había nada que temer. El embarazo había sido tranquilo, y también lo iba a ser el alumbramiento, se repetía la entonces princesa, mientras don Juan Carlos iba de lado a lado, sin saber muy bien qué hacer, con su habitual cigarrillo en la boca. Esperaba, ansioso, conocer el sexo del bebé. En aquella época no existían las ecografías, por lo que el príncipe se había pasado los nueve meses de embarazo haciendo cábalas. ¿Sería un niño, un ansiado heredero, o, por el contrario, vendría una niña?

Tras el —breve para Sofía— proceso biológico previo al parto, concretamente a las dos y media de la tarde, nacía Elena, asistida por el doctor Mendizábal y la comadrona Elvira Morera. A lo largo de la mañana, al hospital también se había acercado el doctor Doxiades, médico de la familia real griega; nada era suficiente para garantizar el buen nacimiento de aquel bebé, que bien podría haberse convertido en el futuro rey de España, de no haber sido una niña. Tras conocer que tanto el bebé como la madre

estaban bien, la primera pregunta de don Juan Carlos fue: «¿Y qué es?». «Una niña sana», fue la respuesta que obtuvo, y ese fue su mantra durante todo el día: «He tenido una niña sana».

Cuatro kilos y trescientos gramos pesó aquel bebé rubito, de grandes mofletes, que desde el mismo momento del nacimiento ostentó el título de infanta de España y el tratamiento de alteza real. Las felicitaciones se sucedieron nada más conocerse la noticia, y esa sexta planta del Nuestra Señora de Loreto se convirtió pronto en un jardín, pues fueron más de cincuenta las canastas de flores que llegaron para dar la enhorabuena a los recién estrenados padres.

Los condes de Barcelona, que se encontraban en Villa Giralda, Estoril, fueron informados del nacimiento de su primera nieta por una llamada de don Juan Carlos, al número 261091, tras la que no dejaron de recibir felicitaciones los abuelos paternos; mientras que la propia reina Federica fue la encargada de comunicárselo al abuelo materno, el rey Pablo de Grecia, quien no había podido viajar a España por asuntos de Estado.

A las cinco de la tarde, don Juan Carlos aparecía ante la prensa para dar algunos detalles y brindar con una copa de cava. Repitió aquello de «Es una niña sana», e insistió, ante las preguntas de los periodistas, en que no habían decidido el nombre de la pequeña, ni tampoco la fecha de su bautizo. Tras este encuentro, se marchaba a La Zarzuela

y regresaba a las once para pasar aquella primera noche con su hija. En ese momento parecía tener ya las ideas un poco más claras que horas antes. «No sé todavía el nombre. Puede llamarse Elena, Sofía... No sé. Lo que sí puedo decir es que los padrinos serán mi madre y el infante don Alfonso de Orleans, y que el bautizo se celebrará en el palacio de La Zarzuela probablemente el día 28 o alrededor de esa fecha».

Y dicho y hecho. Un día después de abandonar la clínica, el 27 de diciembre, la infanta recibía el sacramento del bautismo en el palacio de La Zarzuela. Una ceremonia celebrada a las siete de la tarde, a la que no faltó el entonces jefe del Estado, Francisco Franco, acompañado por su esposa, Carmen Polo, y en la que estuvo también don Juan, quien obtuvo un permiso especial para no perderse el bautizo de su primera nieta. Era la primera ocasión en la que pisaba España desde 1931. Un solemne acto durante el que se leyó un telegrama llegado del Vaticano: «Al tener noticia del feliz acontecimiento que regocija a vuestras altezas reales, encomendamos de todo corazón al Señor a vuestra hija. Con ocasión de su bautismo, otorgamos en prenda de abundantes gracias divinas sobre ella y vuestras altezas una particular bendición apostólica. Firmado: Paulus P PVI», rezaba.

«Elena María Isabel Dominica de Silos de Todos los Santos, yo te bautizo en el nombre del padre, del hijo y del

espíritu santo», proclamó el nuncio de su santidad, monseñor Riberi, al verter el agua traída del Jordán sobre la cabeza de la pequeña, que ni se inmutó.

Para el primer nombre, los padres optaron por Elena, una elección más de doña Sofía que de don Juan Carlos. Como contaría años más tarde la propia reina, de pequeña tenía especial cariño a una muñeca a la que ella llamaba Helen, y siempre se repetía que cuando tuviera una hija ese sería el nombre que le pondría. Y cuando le contó la historia a su marido, este aceptó. Si bien es cierto que tras esa elección había más que una muñeca, una persona muy especial en la vida de Sofía: su tía Elena de Grecia. Una mujer fuerte y luchadora que, al igual que nuestra infanta, atravesó un divorcio, aunque el suyo mucho más turbulento. Elena tuvo una gran influencia en la vida de doña Sofía cuando esta vivía en Tatoi.

Cuando la reina Sofía se quedó embarazada, el mayor anhelo de don Juan Carlos era que esa criatura fuera varón, para así legitimar su rama. En un momento en el que Franco ya lo tenía en mente como sucesor, nada le venía mejor al entonces príncipe que un niño. Doña Sofía era mucho más imparcial, pronunciando aquello de «Que venga con salud», aunque sus deseos internos pasaban por saciar los anhelos de su marido. Aquel 20 de diciembre en el que vino al mundo la infanta fue una alegría para todos; sin embargo, para don Juan Carlos tu-

vo sabor agridulce. No sabía entonces ese joven que aquella recién nacida acabaría siendo uno de sus grandes pilares, la niña de sus ojos.

El entonces príncipe dejó que su esposa fuera la que eligiera el nombre y de ahí vino Elena, una elección muy griega, cuya etimología significa «antorcha», por lo que comúnmente también se traduce como brillante, deslumbrante o resplandeciente. Esa niña no iba a ser reina de España, así que no importaba que no tuviera un nombre de reina española.

Siempre tan complaciente, doña Sofía quiso homenajear con los siguientes nombres a la familia Borbón, empezando por su suegra, María de las Mercedes. La condesa de Barcelona no la recibió en la familia con los brazos tan abiertos como lo hizo don Juan, deseoso de que su Juanito emparentara con los Grecia, descendientes del último káiser y de los zares de Rusia, con un linaje mayor que el suyo. Una bofetada sin manos para el Caudillo, si bien la condesa vivía en aquellos años una depresión, desencadenada por la muerte de su hijo pequeño, el infante Alfonso. Por lo que esa boda le pareció bien sin más, al igual que su nueva nuera. Pero Sofía, consciente de todo lo que había pasado, no solo eligió su nombre como el segundo, también fue designada madrina de bautizo de la pequeña.

Isabel es el tercero de los nombres elegidos para la infanta y tenía ya en su momento algo de premonitorio. No

solo porque así se llamaba la única reina titular de la dinastía española de los Borbón, sino también porque la hija de esta, Isabel de Borbón y Borbón, más conocida como la Chata, guarda muchas similitudes con Elena. Ambas tan españolas, tan castizas. Al Isabel le sigue el más rimbombante de los nombres, Dominica de Silos, pero tiene su razón de ser. Aunque en la actualidad pueda parecer anacrónico, en aquella época era habitual que los recién nacidos llevaran el nombre del santo del día en el que vinieron al mundo, y en el caso de Elena, le tocó el día de Santo Domingo de Silos.

El resultado es Elena María Isabel Dominica de Silos, un nombre formado por tres mujeres fuertes, con historia, como ella misma.

ELENA DE GRECIA

Elena de Grecia, a la que algunos han apodado «la desdichada» por su triste destino, tuvo una infancia feliz junto a sus hermanos, entre ellos Pablo, padre de la reina Sofía, en Atenas. Primera descendiente femenina del rey Constantino y de Sofía de Prusia, hablaba seis idiomas y sentía una gran pasión por el mundo de las artes.

La felicidad de la niñez de Sita, como la llamaban familiarmente, se vio ensombrecida pronto, cuando, con tan

solo catorce años, en 1910, tuvo que exiliarse unos meses con su familia. Ese sería solo el primero de los cuatro exilios que tuvo que vivir. El segundo se producía en 1917 ante la negativa de su padre a apoyar a los aliados en la Primera Guerra Mundial. Fue durante ese segundo exilio, en 1919, cuando Elena conoció al que sería su marido, el entonces príncipe heredero de Rumanía, Carol, quien además era su primo segundo. Él acababa de divorciarse de su primera mujer, Zizi Lambrino, con la que se casó de forma morganática, quedando su matrimonio anulado por la Corte Suprema rumana ese mismo año, y vio en Elena a la candidata perfecta.

Pronto se convirtieron en algo más que primos, concretamente en cuñados, ya que la hermana de Carol, Isabel, se casó con el hermano mayor de Elena, quien reinaría posteriormente como Jorge II. Los rumores sobre la vida poco convencional del heredero rumano eran conocidos por todos, pero Elena se decidió a pasar por el altar en 1921. Sus respectivas madres, las primas Sofía de Grecia y María de Rumanía, estaban entusiasmadas con ese enlace, que se celebró en Atenas, en la catedral metropolitana, la misma en la que cuarenta y un años más tarde se casarían los padres de la infanta Elena. Tras las nupcias la pareja se instaló en Rumanía. A los pocos meses dieron la bienvenida a su primer y único hijo, Miguel, primo hermano de doña Sofía.

Las infidelidades de Carol durante el matrimonio fueron constantes. Solo le importaban las mujeres y los sellos, a los que era un gran aficionado. Fue en 1925 cuando su padre le obligó a renunciar a su posición de heredero después de que se paseara por toda Europa de la mano de su amante, Magda Lupescu, para humillación de su esposa. Pero había más que infidelidades en ese matrimonio. El modo en que Carol trataba a Elena era deplorable. Tanto, que la propia madre del príncipe escribiría en sus memorias que se arrepentía de haber arreglado ese matrimonio y que le daba lástima su nuera. Por suerte, Elena siempre contó con el apoyo de sus suegros, y mientras su marido se paseaba de fiesta en fiesta por el continente, ella se quedó en Rumanía, cuidando de su hijo y futuro rey.

Sin embargo, en 1927, cuando Miguel apenas tenía cinco años, su abuelo murió, dejándole el trono. Elena, que en 1928 consiguió el divorcio, se convirtió en reina madre, con la tarea de ejercer de regente hasta que su hijo fuera mayor de edad. No obstante, en 1930, cansado ya de su descarrilada vida, Carol II regresó a Rumanía, reclamando sus derechos, y tras un golpe de Estado contra su hijo, fue nombrado rey. Estableció la orden de eliminar de todos los archivos reales, decretos parlamentarios, leyes y documentos históricos cualquier cosa que recordara que Miguel había sido rey entre 1927 y 1930, y cualquier indicio de que él mismo había renunciado alguna vez al trono. Elena se

vio obligada a exiliarse por tercera vez, en esta ocasión a Alemania, y lo más duro para ella: sin su hijo, que se quedó al cuidado de su padre durante años, sin que ella pudiera verlo. Carol la sometió a una campaña de difamación y maltrato que escandalizó a Europa.

La rueda del destino volvió a girar, y debido a los vaivenes psíquicos del rey, además de la guerra y la inestabilidad política, Carol II decidió abdicar en 1940 convirtiéndose Miguel en rey, pues ya había alcanzado la mayoría de edad. Elena pudo volver a Rumanía, pero no por mucho tiempo, ya que en 1947, con la ocupación soviética, se declaró la república en el país, y Sita se exilió por cuarta y última vez.

Elena fue una reina admirada y querida por los rumanos. Muy unida a su familia, se escapaba siempre que podía a Tatoi para estar con su hermano Pablo y los hijos de este. Aquella mujer, que dominaba tantas lenguas y que sabía tanto del mundo, le inculcó a Sofía su amor por el arte. Elena, que solía pintar, les enseñaba sus trucos a sus sobrinas, quienes, atentas a sus lecciones, intentaban imitar la técnica depurada de la reina. Sita, como la llamaba Sofía, era su tía favorita, y fue una inspiración por su labor durante la Segunda Guerra Mundial, cuando ayudaba en Bucarest a los refugiados judíos. De ahí que no sea extraño que eligiera su nombre para su primogénita.

MARÍA DE LAS MERCEDES

«A la que le corresponde quedarse es a mí, que para eso soy su abuela», con estas palabras María de las Mercedes de Borbón dejaba claro a su hija Pilar cuál era el papel en el que se sentía más cómoda. Esta escena ocurrió en 1965, cuando los Príncipes de Asturias visitaron a los condes de Barcelona con las infantitas, como eran conocidas Elena y Cristina por la prensa de la época. En un momento de la entrevista realizada por el periodista Jaime Peñafiel en Villa Teba, la residencia en la que pasaban sus vacaciones en la Costa Azul, la infanta Pilar le dijo a su madre que se encargaba ella de las pequeñas para que pudiera hablar más cómodamente con el periodista, pero esta se negó. «He acabado de recobrar la salud», señaló la condesa en esa charla. Una recuperación en la que mucho tuvieron que ver las dos hermanas, a pesar de su corta edad.

María, a la que Alfonso XIII llamaba la Brava desde pequeña, estuvo sumida en una grave depresión durante años. No había tenido una vida fácil al lado de don Juan, en el exilio y con las continuas disputas de su marido con Franco, primero desde Roma y después desde Suiza y Portugal. Ella siempre trataba de poner un poco de paz, pero era imposible con el conde de Barcelona y sus aspiraciones al trono. También consideraba que debía ser reina, era su derecho al casarse con el heredero de Alfon-

so XIII, y más desde que en 1941 su marido asumió los derechos dinásticos de la Corona de España, pero no se tomaba el tema de una manera tan pasional como él.

Ante las confabulaciones de don Juan, con reuniones secretas con unos y con otros, con mil planes en la cabeza para que el Caudillo le devolviera lo que era suyo, la condesa se centró en sus hijos: su fuerte y guapo Juanito; su decidida y algo mandona Pilar; su querida Margarita, que había nacido ciega, algo que al principio le supuso un gran disgusto, pero que, con el paso de los años, y viendo cómo la pequeña iba desarrollándose y aprendiendo a vivir con la ceguera, se le fue pasando; y su Alfonsito, el niño de sus ojos. La condesa de Barcelona se desvivía por ellos, y siempre intentó que vivieran una infancia lo más feliz posible, a pesar de que conocía los planes que el conde tenía para don Juan Carlos, que pasaban por mandarlo a estudiar a España, lejos de ellos. Ella aceptó sin rechistar, en esas cuestiones el que mandaba era don Juan. Y así fue. Con tan solo diez años, en 1948, el pequeño se instaló en Madrid, concretamente en la finca de Las Jarillas, propiedad de Alfonso de Urquijo y Landeche. Tampoco se quejó la condesa cuando le tocó el turno a Alfonsito de irse a España, siguiendo los pasos de su hermano mayor.

Por suerte para María, las dos niñas se quedaron en Portugal. La condesa las colmó de mimos durante su día a día en Estoril, hasta que una tarde de primavera su vida se

torció para siempre. Fue el 29 de marzo de 1956. Los niños ya estaban bastante creciditos. Juanito, de dieciocho años, había vuelto a casa desde Zaragoza, donde cumplía un año de instrucción en la Academia General Militar, para pasar con ellos las vacaciones de Semana Santa, y el Jueves Santo, el mismo día en el que Jesucristo se preparaba para ser crucificado, Alfonsito perdió la vida en un accidente doméstico a los catorce años.

Fue un día intenso. Por la mañana la familia fue a apoyar a Alfonso en un torneo de golf, y por la tarde, tras asistir a misa en la iglesia de San Antonio, los dos hermanos varones se instalaron en el tercer piso de Villa Giralda, entretenidos en tirar al blanco con un revólver de calibre 22 que don Juan Carlos había recibido como regalo en Zaragoza. Gran parte del personal de la casa libraba ese día. Estaban allí Anne Diky, institutriz de Alfonsito; José Garrido, preceptor del infante Juan Carlos; don Juan, que se quedó en la planta segunda escribiendo cartas en su despacho, y enfrente, con la puerta de la salita abierta, María de las Mercedes acompañada por una amiga, María Arnús. Las infantas Pilar y Margarita se encontraban cada una en su habitación.

Cuando don Juan Carlos llegó a Villa Giralda con el revólver desde Zaragoza, su padre decidió guardarlo bajo llave, y aunque sus hijos se lo pidieron, este se negó. Sin embargo, los hermanos probaron suerte con su madre, a la

que persiguieron por toda la casa demandándole que se lo dejara, que solo iban a jugar con él, nada de disparar. Y María de las Mercedes acabó cediendo, muy a su pesar.

El ahora rey emérito tenía experiencia con las armas. Pero esa tarde el destino le jugó una mala pasada a don Juan Carlos que, sin querer, disparó una bala a su hermano pequeño, quien perdió la vida en ese momento. «Mientras su alteza el infante Alfonso limpiaba un revólver aquella noche con su hermano, se disparó un tiro que le alcanzó la frente y le mató en pocos minutos», rezaba el comunicado oficial distribuido por la embajada de España en Lisboa.

La infanta Pilar fue la única en oír el ruido sordo del disparo, pero los gritos desgarradores de don Juan Carlos llegaron pronto a los presentes en Villa Giralda. «De repente oí a Juanito que bajaba las escaleras diciéndole a la señorita que teníamos entonces: “¡No, tengo que decírselo yo!”». A mí se me paró la vida», recordaría María de las Mercedes en sus memorias. Tras recibir la noticia de boca de su propio hijo, los condes corrieron hasta la habitación. Y nada más abrir la puerta vieron a su benjamín con un tiro en la cabeza. No se pudo hacer nada.

Cuando el doctor Joaquín Abreu Loureiro llegó a la villa, Alfonsito ya estaba muerto, así que centró todas sus atenciones en María de las Mercedes, quien sufría un ataque de nervios tras ver el cuerpo sin vida de su hijo pe-

queño. Una muerte de la que nunca se recuperó y que la arrastró a una grave depresión. La primera reacción tras lo sucedido fue la de culpar a don Juan Carlos, porque, aunque la versión dada a la prensa se había edulcorado, lo cierto es que fue él quien, pensando que el arma estaba descargada, había disparado a su hermano. Un accidente, sí, pero con terribles consecuencias. No fue fácil para los condes de Barcelona enfrentarse a esa situación; la condesa nunca dudó de que se trataba de un accidente, no había motivos para pensar lo contrario, conocía a Juanito y su devoción por Alfonso. Don Juan, en cambio, sí le hizo jurar que no había sido intencionadamente. Ambos lo culpaban en su interior por su prematura muerte. De ahí que se le pidiera, tras el entierro del infante el 30 de marzo, que regresara cuanto antes a Zaragoza; su presencia era incómoda para el resto de la familia.

Esta tragedia también marcó el carácter de don Juan Carlos, que se vio rechazado por los suyos y con un gran sentimiento de culpabilidad. Cuando años más tarde, doña Sofía lo conoció, esta diría de él que tenía «la mirada triste». «Lo echo mucho de menos, estábamos muy unidos, era muy simpático», aseguró el rey emérito en referencia a Alfonsito en 2019, en un documental emitido por la televisión francesa. Esa fue la única vez en la que habló públicamente de su hermano, al que sigue extrañando. No obstante, cuando ocurrió el accidente era aún joven, tenía

toda la vida por delante y poco a poco fue superando esa pérdida, no así su madre, que se sumió en la oscuridad a sus cuarenta y cinco años.

Le quedarían otros cuarenta y cinco hasta morir. Casi medio siglo que pasó de clínica en clínica intentando recuperarse de la depresión y de los problemas con el alcohol derivados de la enfermedad. Pero algo cambió en ella cuando en 1963 nació la infanta Elena. El tener de nuevo a un niño en la familia hizo que la condesa recuperara la ilusión, haciendo de su papel de abuela el más importante. No es de extrañar que cuando don Juan Carlos y doña Sofía le comunicaron que ella sería la madrina, los ojos se le llenaron de lágrimas de emoción. Una nueva ilusión, una nieta a la que cuidar y mimar, por la que sonreír y salir del agujero. Le costó, estas enfermedades no son tan fáciles de curar, pero María de las Mercedes fue recuperándose paulatinamente. Elena siempre sintió devoción por su abuela paterna, en la que veía a una gran dama de la que aprender.

ISABEL

Isabel es un nombre con gran tradición entre las reinas de España, desde Isabel la Católica a Isabel II, la última reina titular. La siguiente será Leonor; sus padres eligieron este nombre por gustos personales y también por ser el nom-

bre de uno de los personajes de *El doncel de don Enrique el Doliente*, la obra de Larra cuyo manuscrito regaló doña Letizia a don Felipe con motivo de su compromiso matrimonial.

Regresando a Isabel, don Juan Carlos y doña Sofía lo escogieron para Elena precisamente por esa larga tradición, sin saber que su hija acabaría teniendo mucho en común con otra Isabel, conocida como la Chata, por su carácter generoso y popular. También infanta de España y primogénita de Isabel II y Francisco de Asís, se ganó el corazón de los españoles con su personalidad castiza.

La Chata llegó a ostentar hasta en dos ocasiones el título de Princesa de Asturias y se la consideró heredera al trono tras su nacimiento, en un momento en el que el reinado de su madre era amenazado continuamente por las guerras carlistas. Era tanta la inestabilidad que el mismo día que la infanta tenía que ser presentada ante la Virgen de Atocha, una tradición de los Borbón que sigue celebrándose hoy en día, un cura, de nombre Martín Merino, se coló en palacio e intentó asesinar a la reina, clavándole un estilete de veinte centímetros. «Cuidad de Isabel», fueron las primeras palabras de la soberana al recibir la estocada, quien, gracias al corsé y al grueso de su vestido, pudo salvar su vida.

Con la llegada en 1857 de su hermano varón, Alfonso XII, a la Chata le ocurriría lo mismo que a Elena, quedó relegada. Sin embargo, regresó inesperadamente a

primera línea, volviendo a ser nombrada Princesa de Asturias al ver que su hermano no tenía descendencia. Pero de nuevo el destino la colocó en segundo plano, cuando Alfonso XII dio la bienvenida a su primera hija, la infanta María de las Mercedes, fruto de su matrimonio con la archiduquesa María Cristina de Austria.

En el amor, también como a Elena, no le fue bien. La chata se casó con solo diecinueve años con el príncipe Cayetano de Borbón-Dos Sicilias, quien se convirtió en infante de España. Desde el inicio el matrimonio tuvo problemas, y tres años después de la boda, Cayetano, que sufría epilepsia, se pegaba un tiro mortal en la sien durante una estancia en Lucerna (Suiza). Tras ese trágico suceso, Isabel decidió no volver a casarse, y jamás tuvo descendencia.

«Primero infanta y luego mujer», solía repetir a sus hermanas, sobre todo a Eulalia, protagonista de grandes escándalos en aquella época. Firme cumplidora del protocolo, la Chata dedicó su vida a la Corona, incluso durante los dos exilios que vivió. El primero tras la Revolución de 1868, cuando acababa de casarse; y el segundo, en 1931, tras finalizar el reinado de su sobrino Alfonso XIII. Aunque al ser tan querida por el pueblo, y con las graves dolencias que la aquejaban a sus ochenta años, entre ellas esclerosis, se le permitió quedarse en España, pero decidió irse con su familia, en un gesto de dignidad real. Inició un penoso viaje

en ferrocarril hasta París en una camilla. A los pocos días, el 23 de abril de 1931, moriría.

Isabel fue tan amante, como nuestra infanta, de los toros, que el poeta Rafael Duyos le dedicó en 1950 un romance sobre su campechanía y su pasión por la tauromaquia, dos facetas que comparte con la que es la tataranietta de su hermano, Alfonso XII. «Doña Isabel de Borbón, tras la regia baranda de su palco, bulle, ríe, palmotea y hasta jalea en voz baja, y rompiendo el protocolo, más de un ¡olé! se le escapa con acento chispero».